

DWARF
WORKS

Bomba de Tiempo

VISTAVISION

TESIS DE LOS DÍAS
QUE LLOVIÓ EN MONTERREY

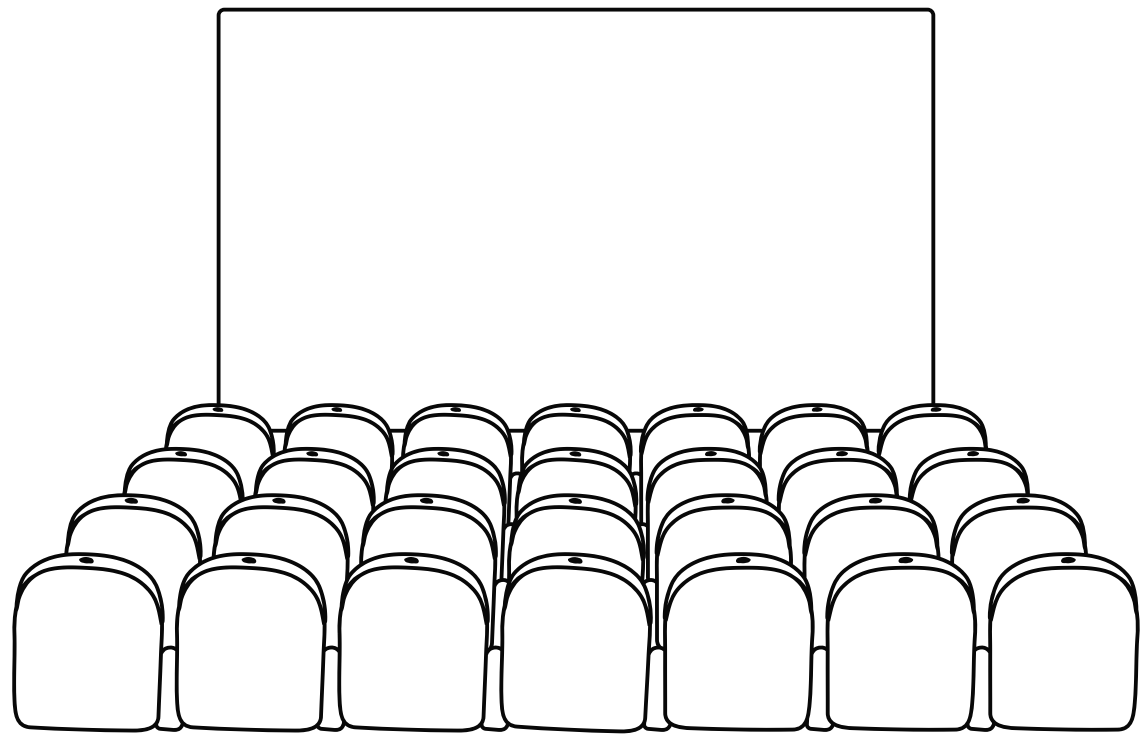
NO PASAR NO PASAR NO PASAR NO PASAR NO PASAR



Benito De la Cruz



editorialdwarfworks.com
© 2025. All rights reserved.



—¿Y qué le parece, compadre... La mejor de mis bodas de matinée? —me dijo con su sonrisa de siempre.

—O mejor, ¿qué le parecería Más barato por docena 2? —le solté yo, sin dejarlo respirar.

Nos quedamos viendo... y nos echamos a reír como siempre.

Chingao, qué pinche clima.

La voz del detective se perdió entre los truenos. El agua golpeaba el parabrisas como si lo castigara por llegar tarde. Pero él no estaba tarde. Nunca llegaba tarde. A ningún lugar que valiera la pena.

Salió del coche —un Monte Carlo dorado, oxidado, que olía a Bacardí y nostalgia, con “Pupilas de gato” de Luis Miguel sonando de fondo— y jaló su gabardina guinda, ya deslavada por los años. A su alrededor, la cuadra entera estaba acordonada. Oficinas de gobierno cerradas, banquetas vacías, y el viejo estacionamiento King Kong al fondo, con su letrero casi borrado y necio como el tiempo.

Frente a él, el cine: cerrado desde hacía más de veinte años, pero ahora, más vivo que nunca... porque adentro había una bomba. Una bomba de verdad que dejó un villano anónimo escondido tras la sonrisa del Duende Verde. O eso decían. Él sabía que era otra cosa.

Ese cine aún se mantenía en pie, pero como un anciano que había olvidado cómo sonreír. La fachada alta, de concreto amarillento y liso, parecía cubierta por una capa de tiempo acumulado. En lo alto, todavía se alcanzaban a leer, aunque a tropezones, las letras cursivas que llevaban su nombre junto al letrero de “Vistavisión”, apagado desde hace décadas.

La entrada principal estaba flanqueada por columnas cuadradas de concreto. Alrededor de ellas colgaban los listones amarillos de “NO PASAR”, ondeando con la brisa como si intentaran sujetar un recuerdo que ya se iba. Algunos estaban sueltos, desgarrados, como si alguien hubiera intentado entrar antes... o nunca se hubiera ido. La marquesina, con vidrios rotos y marcos oxidados, alguna vez anunciaba con orgullo las funciones dobles y matinés; ahora era solo una boca muda, donde antes colgaban letras negras de plástico y ahora colgaban telarañas. Los escalones amplios que llevaban al vestíbulo tenían grietas que supuraban humedad. Las palomas habían hecho nido entre los bordes superiores y se escuchaba el eco de gotas cayendo dentro, como si el cine llorara por dentro en cámara lenta.

El aire olía a tierra mojada, a concreto viejo y a nostalgia mal cerrada. Y aun así, pese a todo eso, no vio ruina... vio un lugar que seguía esperándolo.

Subió los escalones resbalosos y recordó que allí había visto por primera vez Batman, la de Tim Burton, donde Jack Nicholson bailaba entre cuadros con una sonrisa demente. También había estado ahí para Ghostbusters, gritando con los demás mocosos cuando apareció el fantasma púrpura de la bibliotecaria abriendo su abismal boca. Y una vez —una sola vez— lloró durante Robin Hood, cuando Kevin Costner prometía regresar, aunque lo separaran del amor. Esa promesa no se cumplía en la vida real.

Los pinacates caminaban entre el asfalto húmedo como soldados en formación. Una maldita plaga por toda la ciudad en un verano que jamás olvidó. Algunos nadaban en los charcos como si estuvieran celebrando. Una fiesta de patas negras y caparzones brillantes, como si el mismísimo estío les hubiera dado permiso de invadir los recuerdos.

Empujó la puerta de vidrio a medio astillar. Dentro, la humedad olía a madera vieja, palomitas empolvadas y juventud evaporada. Caminó con paso firme, dejando huellas en el mármol quebrado. Sus botas resonaban como los tambores que anunciaban la aparición de Clint Eastwood en una de vaqueros. Sus recuerdos, como avances antes de la función.

Lo habían evacuado todo. No quedaba nadie. Solo él y la bomba. Y el eco de una multitud asombrada con una escena de Jurassic Park.

Las luces de las salidas de emergencia parpadeaban en verde. La pantalla estaba cubierta con una sábana como de fantasma, y el proyector, aún ahí como un monstruo escondido, miraba hacia atrás como si esperara su última película. Y ahí, en la fila 9, asientos 12 y 13, estaba la bomba. No era cualquier artefacto. Era una caja de zapatos, raída, casi deshaciéndose, con una tapa de cartón que se levantaba sola por la presión interna. Al abrirla, una luz parpadeante roja le iluminó la cara. Por un instante se quedó inmóvil, hipnotizado.

Los pinacates también tenían tomado el cine. Se escondían entre los claroscuros y parecía que danzaban al ritmo de su propio soundtrack.

Dentro encontró un boleto amarillo por el tiempo para Batman Returns, un VHS titulado con marcador que decía Redskins 91'-92', una servilleta blanca con la marca de un pintalabios rojo, un cartucho de Nintendo con Mike Tyson en la portada, una figura del Hombre Araña, la revista Playboy de Drew Barrymore y un papel arrugado que decía: "Nos reímos como si fuéramos eternos".

Se agachó. Pasó los dedos por el asiento. Aquí alguien se besó. Aquí alguien se rió tanto que se le cayó la Pepsi y las palomitas. Aquí hay manchas de mostaza y cátsup. Aquí hay hasta cajeta de Celaya embarrada en el forro desgastado del asiento. Aquí él mismo había metido mano por primera vez, con torpeza adolescente y el corazón en llamas. Era tímido con las mujeres. Siempre lo fue. Pero cuando se ganaba su confianza, cuando ellas le dejaban entrar en comodidad, se quedaban a platicar por horas después del cine... entonces sí, se atrevía a acercarse, aunque sus manos siguieran temblando.

Su segunda esposa, en el pasillo, hermosa como cuando se conocieron... justo antes de que se fuera. Las miró a ambas y les sonrió.

—Gracias... por aguantarme. Por quererme un rato. A las dos.

—No les guardo rencor. Nomás recuerdos.

Ambas se desvanecieron como polvo proyectado. Como finales que no fueron felices.

Recordó cuando jugaba con los Toros del Bachilleres Cuatro, con ese uniforme azul oscuro con un pálido número setenta y dos enfrente y en la espalda. Los cascos viejos y tallados, el pasto duro como cemento. Sus amigos Tony, David y el Monkey, que se creían Los Intocables. Siempre hablaban de la escena donde Sean Connery muere trágicamente, dejando el mensaje con su último aliento. Decían que, si uno iba a caer, que fuera haciendo algo que valiera la pena. Y él estaba a punto de hacerlo. La luz de la bomba seguía parpadeando. Rojo. Rojo. Rojo. Había un montón de cables. Pero no había botones. No había un manual para desactivar los recuerdos. Solo estaba él. Y la decisión.

Podía cerrar la caja, salir del cine, dejarlo todo como estaba. Dejar que la lluvia lo cubriera y que los pinacates siguieran bailando en su ausencia. Pero también podía quedarse. Ver la última proyección. Sentarse una vez más donde había reído, amado y fallado.

—Chingao... —susurró, y se dejó caer en el asiento 12.

La luz roja dejó de parpadear. Y en la pantalla, sin que nadie la encendiera, comenzó a proyectarse una secuencia:

Él y sus primos viendo a Jim Carrey y carcajeándose como animales. Su hija dormida en su pecho durante El Señor de los Anillos. El beso robado en Back to the Future. El susto brutal en Alien. Un abrazo inesperado en Star Wars. Y la voz de alguien, lejana, casi olvidada, desde el fondo de la caja diciéndole: “La vida es un viaje.”

La imagen era borrosa. La cámara temblaba. Desde la pantalla del cine, justo antes de la explosión, la silueta del detective apareció: con la barba entre canas, la playera guinda, los ojos húmedos. Parecía Bruce Willis en Armageddon despidiéndose de Liv Tyler.

Intermedio

—Hijos... —empezó, con la voz quebrada pero firme—. No sé cuánto tiempo tengo. Pero quiero que esto se quede. Que lo escuchen cuando más lo necesiten... o cuando menos me recuerden.

Hizo una pausa. Respiró profundo.

—No estoy aquí para dejarles instrucciones ni consejos que nunca pedí seguir. Estoy aquí para decirles que vivan. Que vivan chingón. Que se equivoquen, que amen sin miedo, que rían hasta que duela la panza. Y si un día sienten que la tristeza pesa más que los pies, acuérdense que su viejo también tropezó un chingo... pero se levantaba con una rola de Juan Ga y un bacacho lleno de hielos.

Sonrió con nostalgia.

—No quiero que me guarden en fotos, ni en altares, ni en aniversarios con veladoras. Guárdenme en las carcajadas. En los abrazos que duran más de lo normal. En los silencios incómodos donde uno no sabe qué decir, pero se siente acompañado. En una lágrima de Noche Buena. Y, sobre todo, guárdenme cuando se atrevan a vivir desde el amor... y no desde el recuerdo.

La señal comenzó a parpadear. La imagen se hizo más tenue.

—No voy a estar ahí para verla explotar.
Pero ustedes... ustedes están justo a tiempo para desactivarla.

La última frase la dijo con una mano al pecho, como jurando lealtad eterna:

—Y si un día la vida se les pone difícil... volteen al cielo, ríen un poco, y digan por mí: “Chingao... pero qué vida tan cabrona y tan hermosa.”

Y la pantalla se apagó.

Entonces todo explotó en un destello cegador, que se transformó en una pantalla blanca que proyectaba su vida.

Desde fuera, nadie oyó nada. Lo único que vieron fue cómo el cine se desvaneció, como si nunca hubiera estado allí.

Muchos años después, un hombre que caminaba de la mano de su hijo de unos ocho años le dijo:

—En esa esquina había un cine —deteniéndose junto al cordón de la banquetta.

—¿Un cine? ¿Como los del centro comercial? —preguntó el niño.

—No. Este era... especial. Grande. Con letras cursivas en la pared. Se llamaba Olimpia. Allí veníamos a ver películas viejas como Dick Tracy, Hombre Lobo Adolescente, Indiana Jones, películas que ya ni por TV pasan. Las palomitas en una bolsa de celofán, bancos duros de mármol o algunos con las esponjas de fuera, filas largas... y un sonido que no se entendía bien, pero aun así se te metía en el pecho.

El niño vio los edificios de gobierno y no encontró la forma de una sala de cine por ningún lado. Justo al lado, en el asfalto, junto al cordón de la calle, se detuvo.

—¿Por qué hay tantos pinacates muertos aquí?
—preguntó.

El padre bajó la mirada. Un agujero poco profundo, casi imperceptible, parecía haberlos tragado en masa.

—Tal vez... —dijo al cabo de un silencio—
estaban buscando volver a entrar.

El niño lo miró, confundido. El padre sonrió apenas. Y sin decir más, siguieron caminando bajo la lluvia.

Nota final

(Para mi compadre, para mí mismo, para el cine que ya no está)

Esta historia es un regalo. Un regalo que me doy a mí mismo y que también le entrego a mi compadre, allá donde esté. Es mi manera de cumplir 44 años con algo más que velas o abrazos. Es cumplir con una promesa que me hice hace muchos años, cuando imaginaba una historia que se llamaría Tesis de los días que llovió en Monterrey.

En esa historia, que nunca terminé, había un cine. No uno como los de ahora, sino uno viejo, con alma, con telarañas y escaleras húmedas. Y en su pantalla se proyectaban fragmentos de mi vida: escenas del pasado, imágenes del futuro, errores, abrazos, traiciones, risas, nacimientos, despedidas.

Todo empezaba —como empiezan muchas cosas en mi vida— en un verano de los 90, cuando hubo una plaga de pinacates en Hércules, Coahuila, el pueblo donde crecí. Caminaban entre los charcos como si no tuvieran miedo a mojarse. Los vi por todas partes: en las calles, en las banquetas, entre los recuerdos. Desde entonces me obsesioné con ellos. No por su forma o por lo que hacen... sino por lo que representan.

Para mí, los pinacates son los recuerdos difíciles. Los que no elegimos. Los que a veces nos dan asco, nos incomodan, nos hacen retroceder. Pero ahí están. Persistentes. Tenaces. Metiéndose por donde nadie los llamó.

Y así como los pinacates intentan volver a entrar por las grietas del alma, también lo hacen los recuerdos. Sobre todo aquellos que no supimos despedir.

Con esta historia, he intentado cerrar esa puerta. No para olvidar, sino para soltar. Para aceptar que algunos recuerdos deben quedarse donde ocurrieron. Que no todo debe revivirse. Que el cine puede desaparecer, pero la película vivida ya cumplió su función.

Este cuento es eso: una función final. Una explosión controlada. Un abrazo eterno con mi compadre, proyectado entre luces rojas, palomitas fantasmas y canciones que suenan con eco en la memoria.

Gracias por haber estado ahí, compadre.
Y gracias a la tristeza, por no dejar esta historia en pausa para siempre.

Nos volveremos a ver.



Venga mi muerte Kimba

DWARF
WORKS